

corte al gobierno, influyendo en la política exterior y más de una vez desnaturalizándola y comprometiendo sus resultados. Sólo en un punto estuvieron de acuerdo, en el absolutismo monárquico, lo que se debía á sus sentimientos aristocráticos y á su afán por halagar las pasiones del rey, porque Enrique II, que tan fácilmente se dejó dominar, estaba imbuido del principio de autoridad y el más pequeño menoscabo á su poder mortificaba su altivez en alto grado. Además, tenía á sulado á los «legistas» del Consejo que silenciosa, pero continuamente, proseguían la obra de la centralización.

La organización de las diferentes secciones del Consejo real se precisó quedando el Consejo de negocios, ó Consejo estrecho, definitivamente separado del Consejo privado y del Gran Consejo (1), y reduciéndose el número de los miembros del Consejo privado, á pretexto de que la afluencia de los asistentes hacía muy difícil el despacho de los asuntos, pero en realidad para ponerlo más directamente á la disposición del rey. El sistema de las avocaciones amplióse de una manera excesiva; así el parlamento de Tolosa hacía constar que desde 1549 á 1554 se habían añadido diez y seis nuevos casos de avocación á las materias, ya tan numerosas, á su jurisdicción substraídas.

Hasta algunas reformas en la organización judicial tuvieron por objeto tanto la extensión de la autoridad real cuanto la mejora de la justicia. El edicto que substituyó los Grandes Días de Bretaña con un parlamento (2), disponía que éste se conformaría con los usos y con el estilo del de París y que los cuatro presidentes y diez y seis de los treinta y dos consejeros serían escogidos fuera de la región bretona.

La institución de los presidiales creada en 1552 (3) era favorable á los intereses de los que habían de recurrir á los tribunales, puesto que abreviaba la duración de los litigios, pero en cambio tenía un carácter fiscal gracias á la creación de unos 550 empleos que se compraban por dinero, y además fué causa de que quedaran excluidos de estos cargos, demasiado caros para ellos, los antiguos funcionarios de justicia, hijos del país y mucho más conocedores de la vida local y de la ad-

(1) Acerca de todo esto véase págs. 171-175 y Noel Valois, *Le Conseil du Roi aux XIV.<sup>e</sup>, XV.<sup>e</sup> et XVI.<sup>e</sup> siècles*, 1888; *Inventaire des arrêts du Conseil d'Etat (règne d'Henry IV)* (Introducción), 1886.

(2) En el edicto se hacía observar que los Grandes Días sólo se reunían durante algo más de un mes cada año. El nuevo parlamento debía reunirse alternativamente en Rennes y en Nantes.

(3) Los edictos de 1552 y 1554 declaraban que en un cierto número de bailíos habría un tribunal presidial que se compondría de nueve consejeros cuyos cargos podrían comprarse por dinero. El tribunal presidial conocía en única instancia de todos los asuntos cuya cuantía no excediera de 250 libras como capital ó de 10 como renta, y de las apelaciones de los demás bailíos comprendidos en su jurisdicción. Establecieron 60 presidiales distribuidos en la siguiente forma: en la jurisdicción del parlamento de París, 32; en la del de Ruán, 7; en la del de Burdeos, 9; en la del de Tolosa, 7, y en la del de Bretaña, 5. El hecho verdaderamente nuevo era la supresión de la apelación en ciertos casos, con lo que se abreviaban los litigios; pues en cuanto á los tribunales presidiales, ya los había en el siglo XV en determinados bailíos. Laurain, *Essai sur les Présidiaux* («Rev. hist. de droit français et étranger», tomos XIX y XX, 1895, 1896). Publicado aparte, 1896. Las ordenanzas se encuentran en Isambert, tomo XIII, y en Fontanón, tomo I.

ministración provincial ó municipal. Esta reforma resulta muy sorprendente en el Langüedoc.

Además, las circunscripciones presidiales no siempre correspondieron á las divisiones de la provincia; así, por ejemplo, en el Langüedoc la antigua senescalía única de Beziers y Carcasona quedó dividida en dos por el establecimiento de un presidial en Beziers (4).

Iguals resultados dieron la institución de los tenientes criminales particulares, los cuales despojaron á los magistrados municipales de una parte de sus atribuciones, y la de los prebostes de los mariscales encargados de la policía y convertidos en permanentes desde 1559.

De suerte que el gobierno se ejerció cada vez más sin fiscalización y fué muy obedecido; las pocas resistencias que se produjeron no reconocieron otra causa que las exigencias fiscales del gobierno y fueron reprimidas implacablemente (5).

Ya hemos visto que Francisco I, en los últimos años de su reinado, había establecido el impuesto de la gabela en las provincias del Sudoeste, Saintonge, Bordelais, etc., que habían estado exentas de él hasta entonces. El rigor de los agentes del fisco suscitó en julio de 1547 movimientos sediciosos en el país de Blaye y en la Saintonge, en donde en el mismo mes del año siguiente estalló una verdadera sublevación. Los rebeldes, en número de más de veinte mil, se extendieron hasta el Bordelais y algunos dirigieron, según parece, un llamamiento á los ingleses, con quienes estaba Francia en aquel momento en grave conflicto (6). En agosto estalló la rebelión en la misma Burdeos: el gobernador, M. de Moneins, fué asesinado y el presidente del parlamento vióse obligado á hacer causa común con los sediciosos; pero los miembros de la corporación municipal, espantados por la violencia de las pasiones populares, pidieron auxilio fuera, armaron á los ciudadanos y en pocos días restablecieron el orden y ordenaron por sí y ante sí varias ejecuciones.

Las noticias que del Sudoeste llegaban habían, entretanto, alarmado al rey, que en aquella sazón viajaba por el Piamonte (7) y que se apresuró á enviar á Francia á Montmorency y á Francisco de Guisa con un verdadero ejército compuesto de 1.000 hombres de armas y 8.000 infantes, entre los cuales había cuatro compañías de aquellos lansquenets alemanes tan temidos por las poblaciones. Francisco de Guisa llegó rápidamente á Saintonge, y es de notar que las correspondencias y los documentos de la época insisten en la moderación con que reprimió el movimiento revolucionario, como si con ello quisieran hacer resaltar más la dureza de Montmorency.

En efecto, éste, á pesar de que Burdeos ya se había

(4) P. Dognon, *Les institutions politiques et administratives du pays de Languedoc, du XIII.<sup>e</sup> siècle aux guerres de religion* (partes cuarta y quinta), 1895 (tesis de la Facultad de París.)

(5) El gobierno de Enrique II se vió tan apurado como el de Francisco I y como éste hubo de recurrir á varios expedientes: impuestos nuevos, subsidios exigidos á las ciudades (300.000 escudos á París en 1555), enajenaciones del real patrimonio, empréstitos á los bancos, á veces á un interés de 10 y 12 por 100, ventas de empleos. En los documentos de la época se habla á menudo de la pobreza del país.

(6) Véase la página siguiente y *Correspondance de M. de Selve*, pág. 447, 455-458.

(7) Véase más adelante, pág. 337.

sometido, entró en la ciudad en 20 de agosto con gran aparato militar y organizó en ella un régimen de terror: más de cien bordeleses fueron condenados á muerte ó á galeras; el parlamento fué suspendido y fueron suprimidos los privilegios de la población, quemados los registros de las Casas Consistoriales y rotas las campanas; además, los habitantes hubieron de pagar una contribución de guerra. Montmorency no salió de Burdeos hasta el 9 de noviembre. La ciudad estaba casi aniquilada y hasta el 12 de junio de 1549 no recobró, no su parlamento, sino un Tribunal supremo en el que entraron diez consejeros de París, ocho de Tolosa, seis de Ruán y sólo dos presidentes que formaban parte del parlamento antiguo.

Aquellos rigores, sin embargo, se ajustaban á las costumbres de la época; el gobierno, los parlamentos y el mismo populacho no se mostrarán más compasivos con los reformados que se mostró Montmorency con los bordeleses.

## CAPÍTULO II

### ÚLTIMAS LUCHAS CONTRA CARLOS V

I. Cuestiones de Inglaterra y de Escocia.—II. Luchas diplomática entre Francia y el emperador.—III. La campaña del Rhin y el sitio de Metz.—IV. Campañas de Italia y de Picardía.—V. Abdicación de Carlos V y tregua de Vaucelles.

#### I.—Cuestiones de Inglaterra y de Escocia (1)

Contra Inglaterra hubo de combatir en primer término Francia, pues aparte de que el tratado de Ardes había dejado muy indecisa la situación de ambos países, la posesión de Boloña por los ingleses había creado un nuevo *casus belli* al que se añadían las quejas de los escoceses que habían quedado excluidos del tratado y pedían su inclusión en él.

Como Eduardo VI, sucesor de Enrique VIII (2), no tenía más que nueve años, su tío materno, el duque de Herford, se había hecho nombrar protector y crear duque de Somerset; pero tuvo que luchar contra intrigas y rebeliones que hacían estragos en toda Inglaterra, y cuando las hubo reprimido fué derribado por el duque de Warwick en 1549 y ejecutado en 1552.

Reinaba en Escocia, desde hacía cinco años, María Estuardo, nacida en 1542, bajo la regencia de su madre, María de Lorena, la cual, amenazada en 1547 por una invasión de los ingleses, pidió auxilio á Enrique II

y le propuso el casamiento de su hija, la reina, con el delfín Francisco, llegando hasta ofrecer que la mandaría inmediatamente á Francia.

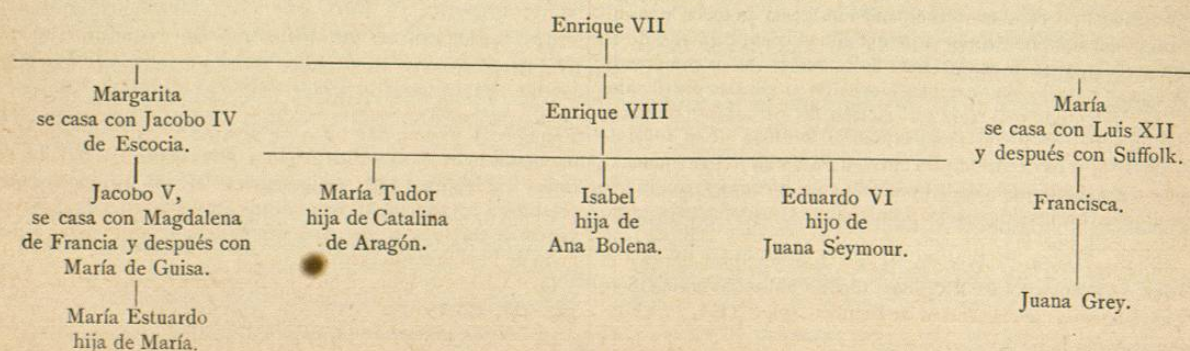
En aquel entonces, los ingleses reproducían los proyectos de matrimonio entre Eduardo VI y María Estuardo, ya iniciados en 1543; y como este asunto interesaba á los Guisa por su parentesco con la reina de Escocia, su ambición fué causa en gran parte de que se imprimiera una nueva dirección á la política francesa, pues tuvieron la habilidad de unir sus intereses en Escocia á una causa nacional, la reconquista de Boloña.

Al principio, el gobierno de Enrique II había intentado llegar á una inteligencia con Inglaterra sobre estos diferentes puntos, á cual efecto multiplicáronse en mayo y junio las embajadas. Más adelante, habiendo sido enviada á Escocia una flota francesa, Somerset había mandado detener á algunos súbditos franceses y adoptado una actitud belicosa, si bien proponiendo la restitución de Boloña en el caso de que el rey consintiera en aceptar el matrimonio anglo-escocés. Pero los consejeros de Enrique II pensaban, desde el mes de diciembre de 1547, en el rapto de María Estuardo para «hacer ilusorias é inútiles las inteligencias y prácticas de los ingleses,» y en 1548 resolvieron obrar en Escocia, aunque sin romper abiertamente con Inglaterra. Francisco de Aumale organizó una armada que en junio desembarcó 6.000 hombres en Leith, y el día 13, de Selve anunciaba desde Londres que estaban hechos todos los preparativos para transportar á María Estuardo á Francia, adonde llegó efectivamente en 20 de agosto, después de haber evitado el encuentro con los cruceros enemigos. Los franceses se portaban en Escocia como dueños desordenados y turbulentos: «Si el rey no da alguna orden á la caballería que tiene aquí, nuestro país no podrá soportar los males que le causan los soldados,» escribía María de Lorena; y cuando nuestras tropas sufrieron una derrota, los escoceses, según decía nuestro embajador, estaban muy contentos «de que las hubiesen zurrado tan bien.»

A fines de 1548, el emperador se había instalado en Bruselas para seguir más de cerca la marcha de los acontecimientos. Las dos diplomacias, inglesa é imperial, trataban de formar una alianza, para lo cual los ingleses hubieran cedido, en caso necesario, á Carlos la plaza de Boloña; pero ni en 1548 ni en 1549 lograron hacer abandonar su neutralidad al emperador,

(1) Añádase á la bibliografía de la pág. 325: *Correspondance politique de Odet de Selve ambassadeur de France en Angleterre* (1546-1549), publicada por G. Lefevre-Pontalis («Invent. analyt. du min. des Affaires étrangères»), 1888.

#### (2) CUADRO RESUMIDO DE LA FAMILIA DE INGLATERRA





quien se limitó á autorizar el reclutamiento de quinientos á seiscientos jinetes por cuenta de Inglaterra. En realidad, lo que sobre todo procuraba era prolongar la guerra de Escocia para tener entretenidos á los franceses, porque conocía sus malas disposiciones respecto de él, y á los ingleses, porque veía las tendencias del protector al protestantismo.

Somerset, á pesar de todo, declaró la guerra á Francia, pero viéndose reducido á sus propias fuerzas, firmó en 24 de marzo de 1550 un tratado por el cual Bolonia volvía á poder de los franceses, mediante el pago de 400.000 escudos de oro en vez de los 800.000 del tratado de 1546, y se restablecía la paz en Escocia. A partir de aquel momento, fueron incesantes los actos hostiles parciales, tales como depredaciones de los ingleses en Escocia y de los escoceses en Inglaterra, apresamientos de buques franceses é ingleses y contrabando; esto no obstante, quedó en suspenso el estado de guerra entre Francia é Inglaterra hasta la muerte de Eduardo VI ocurrida en 6 de julio de 1553.

## II.—Lucha diplomática entre Francia y el emperador

Muerto apenas Francisco I, pareció que Carlos V estaba á punto de someter á Alemania y de resolver allí la cuestión religiosa.

Después de haber decretado la proscripción del Imperio contra el elector de Sajonia, Juan Federico, y el landgrave de Hesse (1), había reunido contra los príncipes luteranos 35.000 infantes y 5.000 jinetes alemanes, italianos y pontificios y había logrado el concurso de Mauricio de Sajonia, quien reivindicaba el ducado contra su primo Juan Federico y esperaba obtenerlo del emperador. Los confederados de Smalkalda, por su parte, disponían de 50.000 hombres de á pie y de 8.000 de á caballo; pero eran tropas indisciplinadas, entre cuyos jefes no reinaba la mejor armonía, y fueron completamente derrotadas en 29 de abril de 1547 en la batalla de Mühlberg, en la que fué hecho prisionero el elector Juan Federico. Carlos convocó una dieta en Augsburgo para el 1.º de septiembre, con la esperanza de conseguir de ella una adhesión á su política.

Pero casi inmediatamente volvió á encontrarse con las dificultades de toda clase que desde hacía treinta años habían hecho fracasar perpetuamente sus propósitos y esterilizado sus más brillantes triunfos.

En primer lugar, estaba gravemente enfermo, extenuado por la gota, por las dolencias de estómago, por las preocupaciones del poder y por los disgustos. En todas las correspondencias se hablaba de su muerte próxima que se daba ya como segura, y él mismo, á principios de 1548, se consideró en gran peligro y reprodujo las instrucciones que ya en 1543 había redactado para su hijo Felipe.

Además, no podía dejar de interesarse en los asuntos de Italia, en donde las cosas estaban siempre á la merced de un incidente ó de una intriga. En 1547, los imperiales poseían el Milanesado y el reino de Nápoles; los venecianos, sólidamente establecidos en sus dominios de tierra firme, se ocupaban principalmente de los asuntos orientales y mantenían cuidadosamente su neu-

(1) Véase anteriormente, pág. 321.

tralidad; Cosme de Médicis, instalado en Florencia desde 1530, era para el emperador un aliado tanto más fiel cuanto que había de temer las tentativas de los desterrados, de los *fuorusciti*, diseminados por todas las cortes extranjeras, y sobre todo de los Strozzi, refugiados en Francia, cuyo rey, Enrique II, les tenía en gran favor; los duques de Mantua eran asimismo clientes de Carlos, el cual podía contar igualmente en Génova con Andrés Doria. Enrique II no tenía en Italia más que un aliado, la casa de Ferrara, cuyo jefe, Hércules II, se había casado con Renata, hija de Luis XII; y aunque en verdad vivía bastante mal con su esposa, el casamiento de su hija con Francisco de Guisa había estrechado la unión con Francia.

La situación del emperador parecía, pues, muy fuerte, cuando surgió un conflicto con el papa Paulo III, quien mezclaba, como casi todos sus predecesores, sus pasiones personales con las preocupaciones religiosas. Había el pontífice creado duque de Parma y de Plasencia á su hijo natural Pedro Luis Farnesio, y habiendo éste sido asesinado en Plasencia en 10 de septiembre de 1547, el marqués de Gonzaga, gobernador del Milanesado, ocupó la ciudad en nombre del emperador. Aquel suceso fué la señal de un nuevo trastorno en Italia, puesto que el papa, desesperado por la muerte de su hijo, revolvióse contra los agresores y contra el emperador á quien acusaba de complicidad.

Este grave incidente, en el que la actitud de Carlos fué sumamente equívoca, contribuyó indudablemente á dificultar la política religiosa del emperador en Alemania, que era muy moderada y muy hábil. La cuestión más importante seguía siendo la del concilio que, á pesar de ser por todos reclamado, era causa de división entre protestantes y católicos, entre el papa y Carlos: todos estaban de acuerdo en el nombre, pero no en la cosa, pues mientras los luteranos querían un concilio libre, es decir, substraído á toda ingerencia imperial ó papal, y exigían que se compusiera de igual número de reformados que de ortodoxos, el emperador pretendía que se reuniera en Trento, á fin de tenerlo mejor bajo su dependencia, y el papa deseaba convocarlo en Bolonia, para substraerse á las influencias alemanas.

Después de la batalla de Mühlberg, Paulo III creyó por un momento que el emperador se aprovecharía de la victoria para aniquilar la herejía; de aquí su irritación cuando vió que Carlos comtemporizaba, y de aquí, por ende, que trasladara á Bolonia el concilio que ya estaba reunido en Trento. Carlos contestó á esta medida anulando los decretos del concilio, retirando de Roma á su embajador, y promulgando en 15 de mayo de 1548 el célebre Interim llamado de Augsburgo, por el que trataba de imponer el *statu quo* en materias religiosas mientras se esperaban las decisiones del concilio. Este acto motivó nuevos disturbios: los reformados rechazaron «esa papilla envenenada» que tampoco aceptaban los católicos ni el papa, y Sajonia, Brandeburgo y la gran ciudad de Magdeburgo se sublevaron. Julio III, sucesor de Paulo III, fallecido en 10 de noviembre de 1549, no se mostró mejor dispuesto á una avenencia, á pesar de las indicaciones que le hiciera el emperador.

Los alemanes, en realidad, temían sobre todo que Carlos estableciera su dominación política aprovechán-

dose de los disturbios religiosos, y por esto los luteranos y los católicos daban de mano á sus mutuos agravios en cuanto se les aparecía Carlos demasiado poderoso. De aquí que no se apaciguaran.

El reparto eventual de su sucesión contribuyó á aumentar las dificultades con que luchaba el emperador. Durante mucho tiempo, estuvo resuelto á no dejar á su

chazó á pesar de las súplicas de Carlos que se aferraba á su plan «para establecer y conservar la grandeza de nuestra casa,» como escribía á su hermana.

Uno de los resultados de estas divergencias fué que el emperador se desentendiera en absoluto de los asuntos húngaros, en los que tan comprometidos estaban los intereses de Fernando y también los de Alemania,



Juan Federico I el Magnánimo, duque de Sajonia. Copia de un grabado en cobre hecho en 1543 por Jorge Pencz

hijo Felipe más que sus Estados de España, de Flandes y de Italia, reservando el Imperio á su hermano Fernando; pero en 1548 volvió á acariciar la quimera de la unidad. En febrero de 1549, Marillac escribía que «comenzaba á hablarse mucho en la corte de Bruselas de hacer al príncipe de las Españas rey de los Romanos.» Fernando estaba indignadísimo, pero Carlos, impulsado probablemente por su hijo, no quería renunciar á su proyecto, el cual fué reproducido con toda clase de combinaciones por su hermana María de Hungría y por su ministro Granvela. Este proponía que se casara á la hija de Fernando con Felipe, á quien se habría nombrado previamente rey de los Romanos; Fernando primeramente aceptó esta idea, pero luego la re-

á causa del peligro que significaban los otomanos; y á las apremiantes instancias de su hermano que le demandaba socorro en 1548, 1549 y 1550, contestó con promesas dilatorias, esperando de este modo hacer entrar á aquél en razón. Por otra parte, Fernando apoyó muy débilmente á Carlos en los asuntos de Alemania y de Francia. En realidad, los dos príncipes estaban casi enteramente reñidos desde 1549; y en noviembre de 1550 tuvieron un altercado tan violento, que Fernando resolvió no entenderse con su hermano más que por cartas.

No eran mejores las disposiciones de Felipe respecto de su padre; por lo menos sus consejeros no dejaban de oponer el príncipe joven al envejecido y gastado



emperador, como se ve claramente en su correspondencia. Carlos V en los últimos años de su vida gobernó principalmente con el concurso de su hermana María de Hungría, regente en los Países Bajos, y así se explica que el centro de impulsión de la política se trasladara á menudo de Alemania ó de España á Bruselas, que es también el sitio en donde se realizará la más solemne de las ceremonias de la abdicación.

Desde 1547 habían sido siempre muy tirantes las relaciones entre Francia y el emperador. En las instrucciones que redactara Carlos para su hijo á principios de 1548, cuando se creía en peligro de muerte (1), le recomendaba que mantuviera la ortodoxia, que conservara la paz, «una de las cosas que con más instancias pido á Dios,» que permaneciera en buenas relaciones con los Estados alemanes, con los suizos, los ingleses, el papa y los italianos, y que guardara la tregua con los turcos «porque es deber de los reyes y de todas las gentes de bien ejecutar los compromisos contraídos hasta con los infieles.» De este concierto europeo únicamente excluía á la Francia y no dejaba de echar á ésta una vez más en cara que perturbaba la cristiandad con la complicidad de los otomanos. Preveía que Enrique II seguiría las huellas de su padre, «de quien ha heredado el odio que sus antepasados han manifestado siempre á los míos;» y hasta en las Indias veía un peligro de parte de los franceses. «Es preciso no quitarles nunca el ojo de encima,» escribía; sin embargo aconsejaba que se evitara un rompimiento con ellos, si bien exigiendo el cumplimiento riguroso de los tratados.

Las instrucciones enviadas á Simón Renard, nombrado embajador en Francia á fines de 1548, venían á ser la ampliación práctica de aquella carta. Renard se dirigirá especialmente al «Señor condestable, quien tomará á mal si otra cosa hiciera, según ha podido experimentarse anteriormente;» «Formulará sus exhortaciones con la modestia conveniente, ateniéndose, sin embargo, á lo que sobre esto se le dirá por escrito, que será algunas veces que hable rudamente;» seguirá con atención las relaciones de Francia con el papa y con los Estados italianos, con Inglaterra, con Alemania y con los turcos; conocerá la situación de la hacienda, y sabrá si hay en la corte capitanes alemanes ó italianos, si se arman galeras en Poniente ó en Levante y si los Albret vuelven á insistir en sus proyectos sobre Navarra. Todo esto se repite varias veces, con insistencia.

Reinaba, pues, la paz con Francia, pero era una paz muy desconfiada y armada siempre. Y sin embargo, á la muerte de Francisco I sólo quedaban verdaderamente dos cuestiones por resolver: la de la Saboya y del Piamonte, territorios ocupados por los franceses y reclamados por Felipe Manuel, que contaba con el apoyo del emperador; y la de la Navarra española, que Enrique de Albret no cesaba de reivindicar. Pues bien, Carlos estaba dispuesto á contemperar en ambas y aun sentía respecto de la posesión de Navarra, ilegítima-

(1) «Hijo mío, la reparación de algunas enfermedades que anteriormente había padecido, el peligro en que muy recientemente me he hallado de perder la vida, y mi incertidumbre en punto á los designios de Dios respecto de mí, me mueven á trazaros aquí la conducta que deberíais seguir si yo abandonara este mundo.»

mente conquistada por Fernando el Católico (2), escrupulos que casi le hacían admitir la posibilidad de una restitución.

Pero persistían otras causas generales de guerra, pues el rey de Francia no estaba aún dispuesto á renunciar á Italia; además, la lucha entre él y el emperador era una lucha de preponderancia política, y por ende mal definida, sin contar con que una larga rivalidad había creado entre Francia y la casa de Austria tradiciones de desacuerdo y enemistad que casi por sí solas se convertían en motivos de hostilidad.

Los asuntos de Navarra ocuparon la atención desde los comienzos del reinado porque Enrique de Albret no cesaba de intrigar por el lado de España con la complicidad de su esposa Margarita. El objeto de las negociaciones era el casamiento de Juana de Albret, que tantas dificultades de toda especie había suscitado ya en 1540 (3); Enrique confiaba en conseguir de Carlos una restitución amistosa de Navarra proponiéndole el enlace de Juana con el príncipe Felipe de España.

Estas combinaciones estaban preñadas de amenazas para Francia, y el rey, casi inmediatamente después de su advenimiento, decidióse á casar á Juana y le propuso á Antonio de Borbón ó á Francisco de Aumale. Aceptado el primero, después de largas negociaciones, verificóse la boda en 20 de octubre de 1548. Al año siguiente, murió casi olvidada Margarita: todas las vacilaciones y toda la debilidad de su carácter habían reaparecido en ella en los últimos años de su vida; y cuando se examinan los hechos, cuesta mucho trabajo aceptar como buena la leyenda enternecedora que nos la muestra desconsolada por la pérdida de su hermano.

Enrique de Albret pensó inmediatamente en contraer nuevas nupcias y reanudó por cuenta propia la idea de un matrimonio español; después intentó una invasión de la Alta Navarra; luego solicitó la mano de Cristina de Dinamarca, sobrina de Carlos V, y propuso coadyuvar á una invasión de Francia por el Sur, y finalmente pidió á los plenipotenciarios de Enrique II que apoyaran sus reivindicaciones. Murió desacreditado en 29 de mayo de 1555, después de haber servido, en definitiva, de juguete á aquellos mismos de quienes pensaba burlarse.

Durante algún tiempo, Turquía pareció menos dispuesta á mantener la alianza francesa, y tal vez el propio Enrique II tuvo, al principio de su reinado, algunas vacilaciones. De Aramón, embajador en Constantinopla, escribía en junio de 1547 que los turcos sospechaban que el rey hacía poco caso de su amistad por haber Francia omitido el participar oficialmente al sultán la muerte de Francisco I; y anunciaba al mismo tiempo que el Gran Señor estaba en negociaciones con el rey de los Romanos, lo que era verdad, puesto que Fernando y Carlos obtuvieron la prolongación por cinco años de la tregua firmada en 1546. A partir de aquel entonces y á pesar de las demostraciones de Francia, que envió embajada tras embajada, fué imposible reconquistar enteramente la amistad de Solimán. Hallábase éste ocupadísimo por el lado de Persia, en donde dirigió personalmente nuevas campañas hasta

(2) Véase págs. 120 y 133.

(3) Véase anteriormente, pág. 317.

1550; además, estaba envejecido y se veía envuelto en intrigas que ya no sabía dominar y cuyos directores más bien eran favorables al mantenimiento de la paz con Austria. Así continuaron las cosas hasta 1551.

Pero poco antes del rompimiento entre Francia y el emperador, M. de Aramón se encontraba á bordo de uno de los buques de la flota otomana del corsario

fines de 1550 se siguieron activas negociaciones no sólo con Mauricio, sino también con cierto número de príncipes luteranos.

En 25 de mayo de 1551, enviaron éstos una embajada al rey de Francia demandándole su apoyo contra el emperador, que quería «sojuzgar para siempre á la nación alemana;» y en octubre y noviembre, las nego-



Carlos V en la batalla de Mühlberg, cuadro del Ticiano. (Museo de Madrid.)

Dragut, que en 1551 arrebató á los caballeros de Malta la plaza de Trípoli, y algún tiempo después, en 1553, el barón de la Gardé y Dragut asolaron juntos las costas italianas. Esto no obstante, el acuerdo nunca fué muy firme.

Una vez libre la Francia de preocupaciones por el lado de Inglaterra, después del tratado de 1550, manifestóse en todas partes la oposición á la política imperial. Enrique II se negó á enviar representantes al concilio reunido en Trento, apoyó á las ciudades y príncipes alemanes sublevados contra Carlos, y envió un embajador especial á Magdeburgo, siguiendo en esto los consejos de Marillac, quien aconsejaba «que se tuvieran por bajo mano en la mayor dificultad posible los asuntos de Alemania.» Por último, cuando Mauricio de Sajonia se hubo separado secretamente del emperador, el rey de Francia entró en relaciones con él; y á

ciaciones se formalizaron del todo, firmándose Enrique II con Mauricio y los reformados un primer tratado «pro Germania patrie libertate recuperanda (1)», que fué confirmado en 15 de enero de 1552 en Chambord, en donde se habían congregado embajadores sajones y mecklemburgueses y delegados de Estrasburgo, Nuremberg y de algunas otras ciudades. Enrique II prometía subsidios á los confederados alemanes, quienes, á cambio de ello, le cedían las ciudades de Metz, Toul y Verdún; también se trató de Cambrai, otra ciudad imperial. Enrique había de conservar estas poblaciones en calidad de «vicario del Imperio».

Nada de todo esto se le escapaba al gobierno imperial, que se quejaba de ello cada vez más amargamente. Granvela observaba que el condestable había hecho

(1) Por la restauración de la libertad de la patria alemana.